

Ellis Island

Ellos han decidido abandonar la tierra,
dejar atrás la casa de su padre y el ataúd cerrado
y el país
donde los recuerdos se pudren.

Han escuchado que la nación
entre todas las naciones,
la bendecida,
aquella cuyo nombre brilla más que ningún otro
porque un día estuvo en los labios de los profetas,
se encuentra al otro lado del océano.

El porvenir
se vende en billetes de primera y de segunda clase
en los puertos de Nápoles,
de Trieste,
de Constantinopla,
crece sobre la bruma de Bremen
o la llovizna de Hamburgo
o la soledad de los muelles de Liverpool.

A la llamada acuden los desposeídos
con sus cuerpos expuestos al frío y los insectos,
con su plegaria tan parecida a una queja
y el escozor,
y el fracaso,
ellos son quienes marchan hacia la tierra prometida
porque la suya les fue arrebatada
o porque cuando nacieron
toda la tierra tenía un propietario
y no encontraron forma de alimentarse

pero sí de reproducirse
en los márgenes de las panaderías
sobre la cubierta de los barcos
en las salas de espera de los hospitales
o en los vertederos
dieron a luz multitudes de bocas y de vientres
para repartir su pobreza
y para ser luego la fuerza de las fábricas
o de los campos de cultivo,
la ideología de los vencedores,
la justificación,
el nombre de la patria y la autoridad de los otros.

La muchedumbre navega hacia los muelles de América
y los alcanza con muy mal aspecto
y hedor
y el miedo agazapado debajo de la esperanza
que es más fértil que el trigo
y puede alzarse sobre los océanos,
crecer en la sequía
o multiplicarse sobre la miseria.

Pero a la tierra prometida no entrarán los débiles ni los enfermos
tampoco los inválidos
porque el pueblo elegido será la raza
que reciba en sus manos el porvenir.

El regreso será el destino de los contagiados
porque la malaria también viaja sobre las cubiertas
y es más fértil que el trigo
como fértil es el tifus de los trópicos,
el cólera del Mediterráneo,
los anquilostomas de la tierra húmeda de Irlanda,

la tiña de Polonia y de Hungría,
el tracoma que crece en las patas de las moscas de Ucrania.

La tierra prometida no será un reino para los ciegos
ni para los enfermos mentales
ni para quienes se nieguen a desnudarse
porque llevan el dinero cosido a la ropa
por miedo.

Nada tiene que ver con la avaricia,
el precio de la libertad es la eterna vigilancia.

Dios bendiga a los hombres que alcanzaron la tierra
de la libertad.

Dios bendiga a los hombres elegidos
para la gran cosecha del futuro.

VASO ROTO

Esclavos de Guinea llegan a la plantación de Buenaventura (Bonaventure Cemetery, Savannah)

Hay muertos sobre otros muertos allá bajo la tierra de Buenaventura,
apenas hallan sombra,
los ojos que ya nadie mira quedaron para siempre cegados por el sol
y las encinas son una procesión de fantasmas hacia el río Willmington,
que también es camino hacia el océano.

Basta con retroceder varios pasos,
la sangre es más espesa que el agua,
los huesos de los esclavos están cerca del río,
allí donde la tierra se confunde con el fango,
la espesa sangre,
turbia,
ciénaga donde los pies son alimento para los reptiles,
barcos de mercancía y esclavos llegan al puerto,
recogen carne y algodón para Buenaventura,
para sus árboles petrificados.

Brazos llegados de Guinea,
cinco pies de complexión negra,
muy negra,
y en la cara la marca de su país,
manglares extendiendo sus lenguas hacia el mismo océano,
temporada de lluvias sobre el río Níger
que se adentra en el continente,
en dirección contraria.

Llora una niña en medio de la pesada noche de Buenaventura,
sus lágrimas son pozos,
de ellas van a beber quienes conversan con los espíritus,
los que habitan el borde de los resentimientos
tocados por la enfermedad,

gargantas ya rasgadas por la fiebre,
amuletos con nombre de lluvia o de montaña
se agitan para apagar la sombra,
para calmar el llanto que ahoga el sonido del río.

Tiemblan los muros de Buenaventura,
huérfanos bajo el musgo español,
las lágrimas que beben son negras como la noche oscura del verano
que trepa por los árboles.

Los caimanes no distinguen el sabor de la carne
y se deslizan bajo los humedales
para esperar.

Hay un silencio de siglos en la plantación,
un sol pesado que todo lo detiene
salvo las miradas.

Es el misterio de la tierra,
hombres que devoran hombres,
reptiles esperando una oportunidad,
barcos de mercancía que se marchan
con una carga nueva,
en dirección al sol.

El cuerpo sin vida de Hernando de Soto se hunde en el río Mississippi

Recibe en tus entrañas
a un hijo de la tierra,

traga su cuerpo,
perdona sus pecados,

lava sus sucias ropas,
arrastra su dolor

y el sufrimiento
que dejó en otros hombres.

Que el nuevo mundo lo reciba
en sus profundidades,

que el nuevo mundo le conceda
el eterno descanso.

Ya tienes en tu vientre
a un extremeño pobre

arrástralo contigo
y devuélvelo al mar

arrástralo a un viaje más largo
que cualquier ambición

sin que importe su nombre
ni su rostro.

Ya están listas
las bocas de los peces,

ya están listos los dientes
para cobrar el precio

de las vísceras
de quien mordió los lagos

de quien cruzó en otoño
los montes Apalaches

y atravesó la ciénaga,
y los bosques después del mar Caribe

en busca de la tierra prometida,
del Dorado en los mapas.

Ya están listos,
ya suena a funeral el viento con sus sábanas,

ya recibes la carne mordida por culebras,
la sangre devorada por la fiebre

ya es vapor en tu orilla,
reino de insectos y de barro,

masa de tiempo caminando hacia la soledad,
aquí se hunde este cuerpo miserable,

aquí se hunde la carne del primer extranjero,
del primer hombre blanco,

de un miserable hijo de la tierra
que navega en los brazos del agua más oscura.

Butch Cassidy ingresa en la prisión estatal de Wyoming

Un nieto del imperio británico
uno de trece hermanos
el primogénito
nacido en Utah
un forajido
un atracador de bancos
un nieto de la peor cosecha
de Europa
un ganadero experto en explosivos
que conoce la ruta de los trenes
el paso de las caravanas
condenado como un vulgar ladrón de caballos
mire a la cámara
bienvenido a la prisión estatal de Wyoming
aquí no existe la vida fuera de la ley
pero tampoco las gargantas donde esconderse
bajo la tierra
espera una amnistía
una tumba sin nombre en el cementerio de San Vicente
bajo la tierra seca de Bolivia
bajo la sal y la piedra de los Andes
el nieto de un imperio
que salió a perseguir la riqueza
vientiún mil dólares del San Miguel Valley Bank de Telluride
en el polvo que asfixia
en el polvo que es lo contrario al oro
pero que siempre es el último destino
a cuatro mil quinientos metros de altitud
junto a la tumba de un minero alemán
en el pequeño cementerio de San Vicente
donde la miseria trepa sobre las lápidas

y las lenguas se borran
y las causas se borran
y las huellas que un día estuvieron sobre la tierra
son una herida bajo el barro
seco
tan seco como el pueblo minero de San Vicente
como un último disparo
tan sólo quiero ahorrarte el sufrimiento final
mire a la cámara
todavía no se trata de la muerte
es la prisión estatal de Wyoming
la muerte espera
no persigue
la muerte espera en una aldea de Bolivia
desata los caballos
huye
hasta volverte polvo sobre el polvo.

VASO ROTO

Antonio Machado escucha las sombras del atardecer en Long Island

Te llaman Nuevo Mundo
pero cierro los ojos y el frío es una nube
que contiene la historia.

La tristeza es antigua.

Llueve,
llueve en cada palabra
y en los versos que escribo.

Estos días azules y este sol de la infancia son la lluvia
empapando una casa derruida.

La patria del dolor es el océano.

Puedo escuchar tambores victoriosos
que ensordecen la noche de los desterrados.

Puedo escuchar las nubes deslizándose,
las corrientes marinas
y el paso de los jóvenes trepando sobre el llanto de los embarcaderos.

Es éste el porvenir,
contemplar cómo avanzan los ejércitos,
cómo el fuego devora los labios y las nubes
en un atardecer de púlpitos y sangre de inocentes,
sangre limpia y diáfana
que un día fue el amor y fue el relámpago.

Puedo escuchar, pero de nada sirve,
no sostiene mi voz el canto de los niños ni la aurora
sobre la patria ajena de la felicidad.

Es éste el porvenir,
una tarde de lluvia volcada en el océano,
una sombra que acecha los nombres y los cantos,
el rostro de mi madre bajo la tierra estéril.

VASO ROTO

La casa de Lake Alfred

A Gordon E. McNeer

I. Ruta 66

Gordon conduce un Ford del 55 desde California hasta Florida
por una carretera que ya no existe,
bidones de agua abandonados,
moteles donde pasar la noche,
la última noche.

Gordon conduce hacia la muerte de su padre
con desesperación.

Van a ser cinco días atravesando el desierto,
cinco días sin noches, porque los faros
dejaron de funcionar,
y por eso conduce aprovechando cada minuto de sol,
como vuelan las aves migratorias,
como la última esperanza.

II. Wales-Pennsylvania

Antes que casa hubo un país,
bosques y acantilados
con castillos antiguos
y lagos en los que brillan las tormentas y las auroras.

John H. Evans era un hijo de galeses pobres,
un hijo del hambre de los campesinos en los muelles del puerto de Liverpool,
la niebla era intensa,
apenas se avistaba la esperanza en el horizonte,
los ojos empañados tan sólo permitían mirar hacia adentro o hacia atrás.

Lo que llevaban fue todo,
porque nunca volvieron.

El hambre les persiguió hasta el fondo de la tierra,
hasta las minas de carbón de Pensilvania.

El sueño de la libertad fue un agujero en la roca
y las montañas de Gales fueron azules en sus recuerdos,
la tierra de los otros,
abandonada,
extraña,
como las vidas que un día fueron suyas pero que no pudieron llevar con ellos.

John H. Evans fue el primero de la familia
en nacer en America
y construyó la casa en 1923.

III. John H. Evans

Hay una lápida en el cementerio de Winter Heaven con su nombre,
como si fuera posible contener
en las palabras escritas sobre la piedra
su trabajo en los huertos, los campos de naranjas
y los versos de Kipling que aprendió de memoria
y que recitaba marcando el ritmo
sobre la mesa, en el porche.

John H. Evans no murió en la casa que construyó para su familia,
los médicos explicaron que sus arterias se habían endurecido
y poco a poco su memoria se fue borrando de la tierra,
y allí se fue perdiendo,
desorientado,
cada día más solo en el cuerpo de otro hombre
irreconocible.
No alcanzó a despedirse de nadie,
tampoco de su mujer que había abandonado el mundo hacía seis años
y cuya ausencia pudo sentir como un vacío
sin nombre, ni rostro.

IV. Artemisa

La abuela Artemisa no quería morir,
le daba pena,
no era cuestión de miedo ni de falta de fe,
su gravedad era otra:
amaba demasiadas cosas en el mundo,
sencillamente,
amaba su huerto de rosas al otro lado de la casa,
y cocinar trigo bueno,
y el olor de la infancia en la tierra de México
antes de que cinco mil hombres armados arrasaran la hacienda.

Artemisa estaba llena de secretos que nunca contó a nadie
porque tampoco nadie preguntaba.

Una tarde presintió su final y desde entonces
se fue borrando del mundo
resistiéndose
pensando en arrancar el cáncer de su cuerpo
con un cuchillo o con las uñas
porque la vida era demasiado hermosa.

Su corazón se detuvo en un atardecer rosado
mientras todas las aves gritaban espantadas.